

Lo que aprendí de mis alumnos

RAÚL MORA

A falta de gente honrada, hicieron a mi abuelo alcalde” es un sabio dicho popular. Más de un compañero me lo ha dicho como para que el sentido de responsabilidad no nos agobie por recibir alguna tarea inesperada.

Y tal tipo de trabajos no me ha faltado. El primero fue en 1954: mi profesor de griego en la licenciatura de humanidades clásicas, Luis Sánchez Villaseñor, tan querido y recordado en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), fue nombrado rector de nuestro instituto, entonces me pidió que lo supliera impartiendo las clases que él ya no podría dar. Susto mayor: “¿Y qué les enseño?” “Lo que acabas de estudiar”, me dijo él.

Ese año empecé a aprender de mis alumnos. De aquellos primeros aprendí que no hay para qué ni de qué presumir. Los alumnos conocen a los profesores más de lo que imaginamos. Adivinan nuestras carencias, nuestras fallas, nuestras posibilidades, muchas veces más que nosotros mismos. Aparentar saber lo que no sabemos nos mete en un falso terreno en el que seguramente perderemos. Ofrecer lo que tenemos y quedar abiertos a lo que los alumnos mismos pueden darnos es, lo pienso desde entonces, la primera condición para un magisterio fecundo.

Profesor emérito del Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO en la Licenciatura y la Maestría de Comunicación; profesor del Instituto Libre de Filosofía y de la Maestría en Comunicación en la UIA-León. Doctorado en letras con especialidad en estudios ibéricos en la Universidad de París, Francia (1969).

En el Instituto Regional de Chihuahua lo confirmé. Y fui más allá en el aprendizaje: junto con las clases de introducción a la psicología, filosofía y ética tuve que dar a los alumnos del último año de bachillerato un curso de astronomía, “Porque no hay quien la dé y aquí la Secretaría de Educación lo exige”, argumentó quien me mandaba. De ese campo, tan “estrecho” como el universo y el cosmos todo, lo único que yo sabía era tirarme en la noche a contemplar las estrellas en la sierra de Tapalpa. Ni noción de lo que los científicos nos han dicho, por ejemplo de las matemáticas, que hacen sentir de alguna manera lo que son las distancias y los miles y miles de años luz que nos rodean. En la segunda semana de clases, tres estudiantes de ingeniería, hábiles matemáticos, ya me habían “tomado el pulso”. Y yo también se lo tomé: les pedí ayuda y los tuve como profesores auxiliares. El resultado fue que se apasionaron por las otras materias en que me sintieron menos inútil. Hacer de los alumnos nuestros colaboradores y colegas es mejor que tenerlos como competidores.

En ese mismo colegio de Chihuahua y en otros muchos planteles educativos en que he estado, constaté muy pronto que no pocos estudiantes trabajan intensivamente una o dos semanas antes de los exámenes. Menos mal —¿o peor aún?—

Sacerdote jesuita con 48 años de actividad docente en diversas disciplinas, como filosofía, letras, teología, antropología, cine, derechos humanos, educación popular. Fue rector del ITESO y corresponsal en Nicaragua de la revista Proceso, director de debates en cine-foros y ayudante del asesor de la comunidad latinoamericana en París. Tiene más de 60 publicaciones.

cuando éstos se tienen cada mes y medio: las desveladas son de cada noche, cada una con un amañecer de fatiga, prisa y miedo, con ganas de que pase ese mal momento, y por supuesto, sin capacidad de asimilación. ¿Qué aprendí de ver así a mis alumnos? A no creer en los exámenes, a buscar siempre otras formas de evaluar su trabajo; más todavía, a descubrir cómo impulsarlos día a día, sin miedo alguno. El mejor camino es ser claros en la formulación de objetivos, y de objetivos que despierten ganas de trabajar, como el anuncio inicial de que no habrá nunca exámenes pero sí, tras cada clase o cada unidad del programa, un proceso de autoevaluación, confirmada o matizada por la heteroevaluación por parte de los compañeros de grupo, yo mismo entre ellos. Un gran pedagogo, Ignacio de Loyola, llamaba “examen” precisamente a esto. Haciéndolo así, cumplo fielmente con hacer exámenes parciales y finales, como está prescrito.

No pocos alumnos me enseñaron que hacer un buen “acordeón” les sirve para salir del apuro y para mostrar que son más hábiles que el profesor vigilante. Al ver alguno de esos “trabajos” comencé a apreciarlos, valorarlos y, finalmente, a incorporarlos como una de las posibles actividades que sostienen el trabajo académico. Profesores y alumnos podemos olvidarnos de que los acordeones sirven para hacer trampa; por lo contrario, sirven para desarrollar la capacidad de sintetizar y de presentar creativamente un resumen de lo estudiado.

Es obvio que entre uno y otro alumno encontramos una gran diversidad de intereses, habilidades, gustos, limitaciones, “alergias”. Someter a todos por igual a un mismo e inflexible programa resulta a la larga muy dañino no sólo para el estudiante mismo sino, con el tiempo, para la sociedad de que ellos son parte y para cuyo servicio se preparan. Aceptar esto me hizo aprender a ser más creativo y adaptar el programa de una materia a la situación de cada uno. Más de una vez pude hasta diseñar todo un currículo a la luz de este criterio de adaptabilidad a situaciones personales y grupales.

¿De veras para todos en el nivel universitario estudiar una carrera es prepararse para servir a la sociedad? Tuve que aprender que no siempre es

así. Para más de alguno y alguna este tiempo es “para pasar el rato”, “para hacer lo que me gusta”, “para no aburrirme en casa”. Tan honestas confesiones no son para reaccionar con enojo ni para perder la esperanza en esta juventud que, como he oído toda mi vida, “ya no es como la de antes”. Claro que la de hoy ya no es como la de antes, ni la de antes era como “la de más antes”. En la medida en que la motivación universitaria quede expresada, como más de una vez hemos podido escucharla en el ITESO mismo, tan limitada y equivocadamente, el reto es mayor: ¿cómo compartir nuestra esperanza? Llegar a sentirse retado y experimentar que el reto es alcanzable representa un extraordinario aprendizaje. Así me lo hacen sentir hoy todo un grupo de egresados de nuestras aulas, quienes, superada la apatía y el desgano inicial, hoy son mujeres y hombres responsables de nuestro tiempo y nuestra sociedad.

El amor y el gusto por nuestra propia especialidad son muy naturales y humanos. Por eso mismo es obvio y espontáneo que deseemos compartir lo que sentimos nuestro. Pero, paradójicamente, esto puede ser una trampa, por el riesgo de ignorar u olvidar el conjunto de actividades que componen el proceso íntegro de la educación. De inmediato podemos desconocer la carga estrictamente académica de cada semana y cada semestre, pero esto a la larga nos puede convertir en promotores de una esquizofrenia en el alumnado. Más de un estudiante me enseñó a conocer su contexto, a mirar el programa completo de su trabajo, de sus relaciones, incluso de su descanso. Sin tal contexto personal y grupal la actividad académica cae en el vacío.

La mayor parte de los años en que he tenido la alegría de trabajar como maestro la he pasado entre estudiantes jesuitas, otros religiosos o religiosas y candidatos al sacerdocio. Tal situación me hizo suponer siempre que todos a quienes acompaño con esta forma de servicio comparten en todo mi propia visión, mi propia fe, mis creencias. En una sociedad maravillosamente pluralista como la nuestra, tuve que aprender de no pocos alumnos y alumnas, aun en instituciones de inspiración cristiana como ésta en que hoy me encuentro, que tal suposición no es válida. Entre el estudiantado

he tenido compañeros que con toda honestidad se saben y se presentan como increyentes. Su postura y su entrega me han ayudado a revisar y desmentir lo que un antiguo profesor de otro plantel dirigido también por los jesuitas nos repitió múltiples veces: “Los ateos son ateos por tontos o por inmorales. Sólo un tonto no ve la fuerza con que Santo Tomás prueba la existencia de Dios. Sólo un inmoral afirma que Dios no existe, porque eso le resulta más cómodo.” Pues no he conocido un ateo que sea tonto, ni Tomás prueba, lo que se llama probar, la existencia de Dios; este gran filósofo y mayor teólogo muestra que creer, lo que se llama creer, confiar, no es irracional ni estúpido, sino un acto libre y personal. Ni, por otra parte, he encontrado que los increyentes son más inmorales que algunos cristianos. Esto me ha enseñado que el respeto a las convicciones más personales es condición para toda relación de apoyo y enriquecimiento mutuos, porque quienes se aceptan como increyentes —al estilo del gran maestro Jean-Paul Sartre— cuánto nos impulsan a combatir falsas imágenes de Dios, verdaderos ídolos y fetiches. Por ese camino he venido aprendiendo a confiar en un solo Dios, el Padre de Jesús y Padre nuestro.

Desde hace años empiezo mis cursos de literatura, análisis del discurso, historia de la cultura, introducción a los medios de comunicación, escuelas y técnicas de interpretación simbólica, periodismo, problemas filosóficos... con un mismo cuento: “¿No oyes ladrar los perros?”, de nuestro genial Juan Rulfo. Lo hago siempre como muestra de gratitud —y expresamente lo confieso así en esa clase inicial— al grupo de alumnos de quienes más he aprendido: muchachos y muchachas de la colonia Estado de México, en Ciudad Netzahualcóyotl, ésta que algunos llaman “barrio”, de más de tres millones de habitantes y que, “como un cáncer”, afirman otros, nació a orillas del Distrito Federal, sobre el lodazal del desaparecido lago de Texcoco. Ese grupo, al que también se le unían más de una madre soltera o casada y más de un padre de familia, cursaba el segundo año de secundaria abierta. Una tarde me pidieron que les ayudara a preparar el examen que tendrían dos días después, precisamente de literatura, en concreto, sobre dicho cuento de *El llano en llamas*.

Tras la lectura hecha por todos, comenzamos los comentarios desde lo que cada uno había sentido al oír lo que Ignacio y su padre se van diciendo en el cuento, camino a Tonaya, a la luz de la luna llena, con una carga sobre sus hombros el viejo, y sobre su corazón el hijo.

De pronto —y pongo punto y aparte porque a lo mejor ni Rulfo se esperaba tanto—, Lupe empezó a llorar y Rosa le hizo eco, y Elena protestó y Andrés y el Yory y ocho y doce más siguieron. “Qué bruta fui”, se explicó la primera, entre sollozos, “al quedarme triste y enojada y con el propósito de nunca estudiar más porque mi papá, en lugar de alabarme por mis buenas calificaciones de sexto de primaria, echó el certificado sobre la cama como con desprecio y me dijo que viera, que cuando yo me propongo saco las cosas y las saco bien, pero que ahí ando de floja. Hasta hoy, con este cuento, caigo en la cuenta de que muy pocos meses después murió mi papá porque se agotó por llevarnos a cuestras por años enteros a mi hermana, a mi hermano, a mi mamá, a mí, como este viejo lleva a su hijo herido para que se lo curen.”

Y Rosa completó: “¿Pero qué tenemos los pobres, que no sabemos decirnos que nos queremos si no es regañándonos.” “Mejor cállense”, protestó Elena, “porque así les hablo yo a mis hijas y porque ninguna de ellas me ha dado siquiera las gracias por haberlas cargado tantos años.”

Todos pasaron su examen. Desde ese día me hicieron su amigo, me contaron los secretos de su corazón, me contagiaron su esperanza, me hicieron leer de otra manera. No, simplemente me enseñaron a leer: desde la propia vida y el propio dolor, y desde su amor agradecido. De ellos aprendí a ver el mundo y mi trabajo con la mirada y la lucha del despreciado en los lodazales de Netza, símbolo para siempre de pobreza y de apuesta por la vida.

Esto lo comparto hoy en estas páginas de *Sinéctica* como ya lo he compartido en múltiples ocasiones en diversas formas, esto que nunca había escrito y siempre quise publicar: lo que más he aprendido de mis alumnos y alumnas —centenares— es a ser amigo.



Mito Covarrubias



Alicia Moye